

## LAS LAGRIMAS DEL SOMBRERON

— I —

La noche se quejaba de dolor de estrellas. En la ciudad de Guatemala el silencio caminaba de puntillas por las polvorientas calles. Todo callado. Nada de ruido. Nada de nada.

Por el barrio del Sagrario, frente a la Catedral, los apóstoles de piedra cubiertos de sombra parecían papel molido pegado a los gruesos muros neoclásicos del templo mayor de la ciudad. En el portal del Señor, los mendigos se amontonaban tiritando de frío, en tanto la débil llama que iluminaba al Señor de la Buena Esperanza cabeceaba con luz de sueño. Uno que otro hombre derretido en la oscuridad, se deslizaba por las calles embozado en su larga capa.

En muy contadas ocasiones había reinado tanto reposo en los populosos barrios de la capital. Los naranjales de la alameda del Teatro Colón, en la Plaza Vieja, pintaban de azahar los muros del beaterío de Santa Rosa y el ámbito ciudadano. El reloj de la Catedral apuntaba con sus agujas centenarias la hora de las ánimas. Las ocho de la noche.

La oscuridad era densa, muy densa, tanto que había de ser cortada con un haz de estrellas para poder pasar.

Por el barrio de la Parroquia Vieja, sobre las calles sin empedrar, el tiempo dormía cubierto de noche. Pocas personas se atrevían a deambular por esas calles. En toda la ciudad pesaba una densa melancolía imponiendo su tristeza.

De pronto, de lo profundo de la calle de la Corona, surgió el rumor del pausado caminar de un patacho de mulas. El redoble de los cascos de los animales, cada vez más fuerte, indicaba que alguien se acercaba. De golpe, en la esquina del Callejón del Brillante, se recortó con claridad la figura de un carbonero. Un vendedor de carbón con sus mulas llegaba a la ciudad procedente del interior del

país. Se detuvo indeciso en esa esquina, miró para todos lados. Luego, manifestando alivio por haberse orientado, tiró de sus mulas hacia otra callejuela estrecha, rumbo al barrio de la Candelaria.

Cosa extraña: por donde pasaba el solitario vendedor de carbón, el ladrar de los perros se convertía en llanto. Cosa rara en verdad era este carbonero: pequeñísimo, vestido de negro y con un cinturón brillante que rodeaba su cuerpo menudo. Impecables botines de charol calzaban sus pies, en los cuales un par de espuelas plateadas salpicaban luz en la oscuridad. Al hombro una guitarrita de cajeta, “de esas que venden en el atrio de la Catedral los jueves de Corpus”,<sup>20</sup> y sobre su cabeza un enorme sombrero de alas anchas que casi lo ocultaba por completo.

Bajo el ala del gran sombrero asomaba una mano fina que tiraba las riendas de las cuatro mulas cargadas de carbón. La noche, que lo observaba, se imaginaba que las mulas caminaban sin dirección, tal era el tamaño de su conductor, que apenas sí sobresalía del suelo.

El pequeño carbonero atravesó presuroso el atrio de la iglesia de Nuestra Señora de Candelaria, dobló por la calle de la Amargura, tortuosa y oscura, y se detuvo frente a un viejo palomar. En un torcido y carcomido poste de luz eléctrica, que se apagaba cuando el viento soplabá con fuerza, el carbonero amarró las riendas de sus mulas. Descolgó su guitarra de cajeta y la afinó. Se aclaró la voz, y bajo el resquicio de una puerta que daba a la calle, empezó a cantar con emoción:

*Los luceros, en el cielo,  
caminan de dos en dos  
así caminan mis ojos  
cuando voy detrás de vos.*

Y la voz del carbonero entraba por la rendija de la puerta y colmaba toda la casa y el barrio completo.

Las estrellas recostadas sobre su estómago luminoso buscaban al atrevido que sembraba serenatas a tan altas horas de la noche.

La voz mínima seguía llenando los aires:

*Eres palomita blanca,  
como la flor de limón  
si no me das tu palabra,  
me moriré de pasión.*

Y así otra y otra canción durante toda la noche. Alternando con el canto se escuchaba un zapateado que el carbonero ejecutaba con sus tacones sobre la acera de laja. Algunas veces la tonada se entreveraba en el redoble de los zapatitos y no se

<sup>20</sup> Información proporcionada por doña Ester v. de Asturias. (Cfr. Lara F., 1973, Pág. 181).

sabía si era redoble o era tonada.

Y así continuó hasta el filo de la aurora cuando el singular carbonero calló. Colgó su guitarra al hombro. Desató sus mulas y arrastrándolas se perdió nuevamente por la estrecha calle de la Amargura. Los perros dejaron de gemir, y la soledad del ambiente se la tragaron los primeros gallos que empezaban a despertar a la ciudad.

— II —

¡Dígame una cosa, señora Pilar! —Preguntaba una anciana mientras lavaba ropa en el tanque de San Francisco—: ¿escuchó las canciones de anoche? ¡Qué fastidio, otra vez no me dejaron dormir! Se me hace que es otro enamorado de la Nina, la hija de la nía Chayo. Mire. . . le soy sincera, no me gustó en nada el tono de la canción. Me parecía que la voz del hombre tenía algo raro, ¿no lo cree usted así?

—Pues sí, nía Tina, a mí tampoco me agradó esa voz. ¡Parecía tan extraña! Pero no me vaya a decir que no, ¡qué bien cantaba el hombre bendito! ¡A mí sí que me gustó!

—No se preocupen, no se preocupen, es otro señorito del Sagrario que le canta a la Nina. Así sucedió la vez pasada ¿No se acuerda usted, nía Laya, que vivía al lado de la nía Chayo?

—¡Cómo no me voy a recordar señora Carmen! pero ¿sabe usted qué es lo que pasa? Que'sa condenada hija de mi comadre Chayo se trae locos a todos los patojos de la ciudad. Con esos ojos grandotes, de un verdegris tan chispeante, tan bellos, y ese su pelo largo color miel que le cae tan bien. Vista así, es una mujer preciosa. ¡A mí cómo me gusta!

—¡Qué lástima, comadre Carmen, que sea hija de pobre! cualquiera del barrio de San Sebastián la puede venir a desgraciar sin más ni más. Usted sabe que estos señores son unos presumidos que creen que nosotros no tenemos dignidad. Sería una verdadera lástima que uno de estos nos arruinara a Nina, orgullo de la Candelaria.

—¡El señor de las tres caídas le tuerza la boca, nía Laya! ¡ini lo diga! Una muchacha como ella no le hace caso a cualquiera. Mire, que yo sepa hasta ahorita no se le conoce novio.

¡A saber Dios! Presiento que con ese enamorado de las canciones raras puede haber gato encerrado, ¿no le parece nía Tina?

—Como dijo Santo Tomás, señora Laya, hasta no ver no creer, a saber quién será el que le canta a Nina Candiales de la calle de la Amargura.

—Dios dirá, señora Carmen, Dios dirá.

Y entre cantos y chismes, el tiempo y la vida se les iba resbalando a las lavanderas del barrio de la Candelaria.

Así fue en aquellos tiempos, así es hoy también, así será mañana. . .



*"De pronto, de lo profundo de la Calle de la Corona. . .".  
Calle de la Corona. Diciembre, 1975. (Fotografía: Mauro  
Calanchina).*

## - III -

- ¡El Duende va a entrar a esta casa si se deja crecer tanto el pelo!

¡Entendéme *chula*, es por tu bien! ¡No seas terca!

- ¡Ay mamá! , pura viejita de antes parece, ya no puedo ni tener mi pelo largo sin que me regañe. ¡A mí me gusta así!

- Está bien, ya no te digo más, pero ya te acordarás que yo te lo advertí. Después no me vayás a venir con cuentos.

- ¡No! No se aflija. Ya vio que alguien vino anoche a darme una preciosa serenata. Tengo que estar presentable, ¿no le parece?

- ¡El gran poder de Dios! ¡No me vayás a decir que te estás enamorando de ese que ni siquiera conocés, sólo porque vino una noche a rasguearte la guitarra a la ventana!

- Pero mamá, usted si que... ¡no tenga pena! Yo se lo que hago, pero le diré que la voz de ese hombre me impresionó muchísimo. Pero no se preocupe, que no pienso hacer una locura.

- Ojalá, hija mía, ojalá. Merecés más de lo que te pueden dar esos infelices del barrio del Sagrario y de la calle Real.

- Ya lo sé, no crea que se me olvida.

Y así era. La hija de nía Rosario Candiales, tamalera de la calle de la Amargura, era verdaderamente bella.

Como se expresaba la dueña de la tienda a donde llevaban los tamales, no llegaba a comprender cómo una mujer tan sencilla pudo tener una hija tan espléndida.

La gracia de Nina Candiales residía en sus ojos, su cabello y su cuerpo delicadamente hermoso. Sin dejar lugar a una duda, Nina era bella, muy bella, por lo que su madre le había enseñado a resguardar ese tesoro. Quería casarla bien, con un mozo de buena familia.

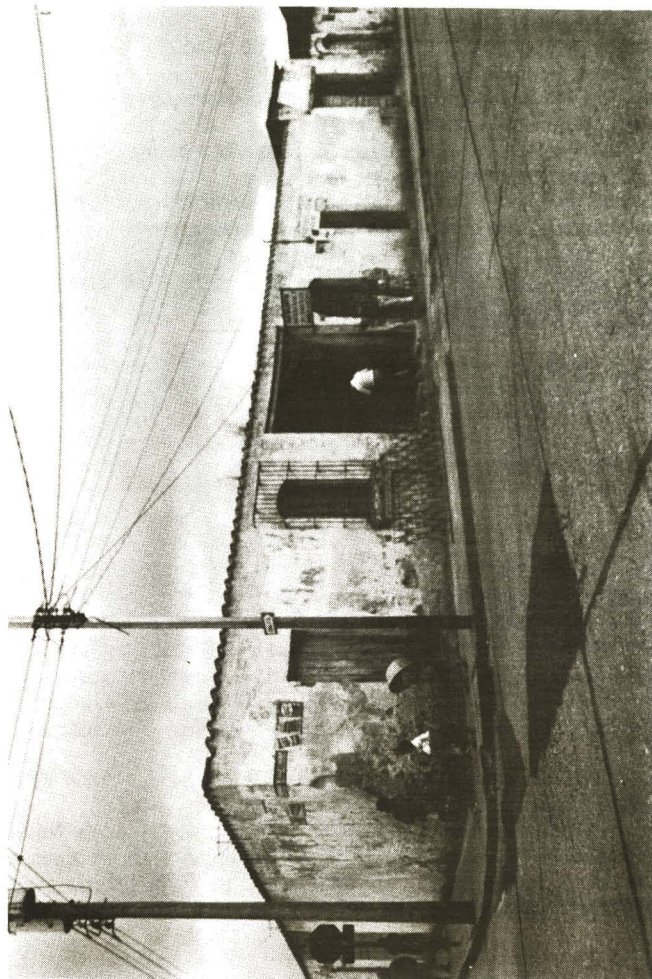
De ahí que no aceptara los galanteos de los enamorados que la rondaban. En sus veintidós años, nadie le conocía pretendiente. Su tiempo lo llenaba ayudando a su madre en la preparación de los *tamales*, que de su retribución se sostenía el hogar.

Pero no sólo la madre velaba por ella. Todas las gentes del barrio de la Candelaria también lo hacían. La cuidaban y apreciaban como algo propio.

Casi se atrevían a pensar que tenían a la mujer más bella de la Nueva Guatemala. De ahí que les fastidiara oír las galanterías de una persona ajena al barrio. Aunque, a decir verdad, nadie podía establecer a quién pertenecía aquel cantar que se escurría en la noche.

## - IV -

Las serenatas se repitieron. El pequeñísimo carbonero cruzaba todas las noches con su patacho de mulas y su guitarra al hombro las callejuelas del barrio de la Candelaria y seguía sembrando coplas en el intersticio de la puerta:



*“El pequeño carbonero se detuvo frente a un viejo palomar”: Calle de la Escuela Politécnica y Calle de Santa Catarina. Barrio de la Recolectión. Diciembre, 1975.  
(Fotografía: Mauro Calanchina).*



*“Y la voz del carbonero entraba por la rendija de la puerta y colmaba toda la casa y el barrio completo”. Callejón del Colegio. Barrio de la Recolectión. Diciembre, 1975.*



*“Y entre cantos y chismes, el tiempo y la vida se les iba resbalando a las lavanderas del Barrio de Candelaria”. Diciembre, 1975. (Fotografía: Mauro Calanchina).*

*Te quiero más que a mis ojos  
 Más que a mis ojos te quiero  
 pero más quiero a mis ojos  
 porque mis ojos te vieron.*

Mientras tanto Nina se conmovía profundamente con el canto de su pretendiente, a quien nunca había visto. Se lo imaginaba gallardo y apuesto.

Sin embargo su orullo de mujer la detenía cada vez que intentaba acercarse a la puerta. Hasta que deslumbrada por las muchas noches y muchas serenatas, abrió su ventana y el pequeño enamorado pudo, por fin, entrar en su casa.

Y desde entonces, todas las noches el pequeño carbonero penetraba a la casa de nía Chayo Candiales, después de amarrar sus mulas cargadas de carbón al poste de la luz eléctrica.

La persistencia de las serenatas seguía causando revuelto en el barrio.

Todos querían conocer al hombre que enamoraba a Nina. No obstante, por más esfuerzos que hicieron nunca lograron ni siquiera verlo.

—Nía Tona— decía en aquel atardecer una vieja madura a otra, en el atrio de la iglesia de la Candelaria, después de la hora santa—, tenemos qué saber quién es el enamorado de la mentada Nina. ¡Fíjese qué cosa! Nía Chayo no dice nada y la patajo tampoco. Yo me voy a quedar hoy en la noche escondida tras la ventana para ver quién es el que pasa.

Después le cuento.

—Muy bien señora Matilde, pero no se le vaya olvidar que me tiene que contar lo que vea.

Esa noche, la vieja Matilde se acurrucó tras la ventana y pudo ver, al pequeño carbonero del gran sombrero, con su patacho de mulas y su *guitarra de cajeta*.

Y pudo ver también que entraba por una ventana a la casa de nía Chayo Candiales.

— ¡Jesús de las Misericordias, nos ampare, doña Tonita! —gritó la vieja Matilde al día siguiente—. ¿Sabe quien es el enamorado de Nina Candiales? ¡El mismísimo Sombrerón! Con qué razón está tan flaca la pobre. Yo ayer lo ví con estos ojos que se van a comer los gusanos. ¡Ay, nía Tona, tenemos que hacer algo!

— ¡El Sombrerón, Dios mío! ¡El mismísimo Duende, el Tsitsimite!<sup>21</sup> ¿Qué vamos a hacer señora Matilde?

—Yo sé que hacer, pero antes que nada, tenemos que hablar con la nía Chayo.

— ¡Ay, Dios mío, el Sombrerón! —gritó desesperada nía Chayo cuando lo supo— ¡Ya me la va a enfermar! ¡Con qué razón mi pobre hijita está tan desmejorada! ¿Y ahora qué hago, señora Matilde? —Llévesela de aquí, nía Chayo, llévesela rapidito a otra parte, porque el Duende nunca la va a dejar en paz, y peor que ahora Nina le hizo caso.

21 El Sombrerón recibe varios nombres en Guatemala: **Duende**, **Tzípítio**, **Tzipe** y **Tzitzimite**. Esta leyenda es una simbiosis de elementos hispanos e indígenas. Para mayor amplitud consultar Correa, 1955: 68-71 y Lara F., 1973: 59-67.

**LOS VIERNES DEL DIABLO**

*“...Y Diego vagó toda la tarde por la ciudad llevando enredada en el alma una ansiedad desconocida...”*



*“Sobre la calle de San José dos hombres trabajaban afanosos en la elaboración de una alfombra de aserín. . .” Barrio de Candelaria. Semana Santa, 1976 (fotografía: Mauro Calanchina).*

